

Javier García Castiñeiras*

Sobre el concepto de represión originaria, su actualización y transformaciones en análisis


El psicoanálisis ha trabajado clásicamente desde Sigmund Freud en torno a un modelo de las neurosis: formación de síntoma, retorno de lo reprimido, en un contexto de la represión secundaria o propiamente dicha. Autores posteriores, como M. Klein y otros, dieron sustento teórico-clínico para trabajar con aspectos más arcaicos, si así se los puede llamar, lo que nos permitió abordar otros funcionamientos psíquicos. Sin embargo, Freud ya había advertido, en 1937, que un análisis requiere trabajar y transformar la represión originaria, lo cual nos sitúa en una estructuración y funcionamientos primarios, en la constitución misma del psiquismo. A los efectos de retomar esta propuesta freudiana haré una relectura de algunos de sus textos en los que plantea el concepto de represión originaria para preguntarnos cómo podríamos leerlos hoy desde puntos de vistas que incluyen a otros autores e ideas, así como desde una perspectiva personal.

Dolor y represión primaria

Conceptos neurológicos, físicos y filosóficos de su tiempo fueron una referencia modélica para Freud al momento de construir su pensamiento sobre el funcionamiento psíquico con base en analogías. Así las ideas de afecto, representación y represión tienen sus antecedentes en el *Proyecto de psicología para neurólogos*, de 1885, con las cadenas de neuronas, la concepción cuantitativa, el principio de inercia neuronal, el principio de constancia de Fechner, las barreras de contacto, la vivencia del dolor (irrupción de grandes Q hacia psi) y la relación placer-displacer, entre otros. Después de que Freud abandonara su pensamiento neurológico para explicar funcionamientos psíquicos, aparecieron los conceptos de pulsión, carga, afecto, representación, placer-displacer, definidos teóricamente con recursos psicoanalíticos pero siguiendo pistas que venían desde el *Proyecto de psicología*.

* Asociación Psicoanalítica del Uruguay.





En esta primera época psiconeurológica, con la inhibición de los procesos primarios y su transformación en secundarios, podemos encontrar un antecedente de lo que luego será la idea de “represión originaria”. El concepto de inhibición es importante y será solidario de los conceptos fijación y represión. En principio, la finalidad de la represión es impedir el displacer, especialmente el dolor.

En *Interpretación de los sueños* Freud (1900/1992c) dice que, cuando un deseo se hace hiperintenso, ya no produce placer sino displacer y que “esta mudanza del afecto constituye la esencia de lo que designamos como represión”¹ (p. 593). El principio de displacer hace que el preconsciente se extraña de los pensamientos displacenteros desalojándolos (represión propiamente dicha) “y de esa suerte la existencia de un tesoro de recuerdos infantiles sustraídos desde el comienzo al Prcc [preconsciente] pasa a ser condición previa de la represión” (Freud, 1900/1992c, p. 593). Así, Freud establece una relación entre la amnesia infantil y la represión primordial, por lo que toda la sexualidad infantil caería bajo el efecto de dicha represión. Desde ya que aquí la represión primaria no se limita a una petición de principio que constituye el inconsciente o como un momento de fundación mítico.

Posteriormente, en *Lo inconsciente*, de 1915, Freud escribe sobre cómo se produce esa primera represión que da origen al inconsciente. A diferencia de la represión propiamente dicha o secundaria donde interviene una desinvestidura de la representación preconsciente, una conrainvestidura que la desaloja y representaciones inconscientes que la atraen, en la represión que da origen al inconsciente (R. P.) solo participaría el desalojo por la conrainvestidura. Un mecanismo que produce lo inconsciente y que mantiene su permanencia inconsciente, dice:

solo podemos hallarlo en el supuesto de una conrainvestidura mediante la cual el sistema Prcc se protege contra el asedio de la representación inconsciente. Ella (la conrainvestidura) representa el gasto permanente (de energía) de una represión primordial, pero es también lo que garantiza su permanencia. La conrainvestidura es el único mecanismo de la represión primordial; en la represión propiamente dicha (el esfuerzo de dar caza) se suma la sustracción de la investidura Prcc. Y es muy posible que precisamente la investidura sustraída de la representación se aplique a la conrainvestidura. (Freud, 1915/1992h, p. 198)

Se trata de una representación sustitutiva en algunos casos psicopatológicos, como en las fobias. Freud continúa diciendo que lo que ha ido delineando muestra, además del camino dinámico y el tópico, el económico que sigue los destinos de la excitación. Cuando los tres caminos o ejes se usan para describir un proceso psíquico, se trata entonces de una explicación metapsicológica.

1. Un cambio cuantitativo se vuelve un cambio cualitativo, es un modo de pensamiento que en su época tiene carácter de paradigma que luego cae, como lo podemos ver tanto en la consideración del dolor como consecuencia del aumento de la intensidad de un estímulo y no por la existencia de receptores específicos o también en la teoría económica de Karl Marx.

Diez años después, en *Inhibición, síntoma y angustia*, Freud (1926/1992k) escribe:

En otro escrito -*La represión* (1915)- he puntualizado que la mayoría de las represiones con que debemos habérmolas en el trabajo terapéutico son casos de *esfuerzos de dar caza* (*Nachdrängen*). Presuponen *represiones primordiales* (*Urverdrängungen*) y *esfuerzo de dar caza*. Comoquiera que fuese, los primeros -muy intensos- estallidos de angustia se producen antes de la diferenciación del superyó. Es enteramente verosímil que factores cuantitativos como la intensidad hipertrófica de la excitación y la ruptura de la protección anti-estímulo constituyan las ocasiones inmediatas de las represiones primordiales. (p. 90)

Un poco más adelante, Freud (1926/1992k) también dice que “protección anti-estímulo hay solo frente a estímulos externos, no frente a exigencias pulsionales internas” (p. 90). De modo que, tras treinta años del *Proyecto de psicología*, Freud mantiene su idea de que es un factor cuantitativo doloroso el que determina la contra-investidura que establecerá la escisión o fisura tópica del psiquismo humano, fundando el inconsciente.

El concepto de fijación también le sirvió a Freud para definir una primera etapa o un precursor de la represión en *Puntualizaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia descrito autobiográficamente*. Describiendo fases de la represión, como luego lo hará en el artículo de 1915, escribe: “La primera fase consiste en la fijación, precursora y condición de cada represión” (Freud, 1911/1992f, p. 63). Más adelante, agrega: “En cuanto a las diversidades de la fijación, ya las hemos con-signado; ellas son tantas cuantos estadios hay en el desarrollo de la libido” (Freud, 1911/1992f, p. 63). Esta afirmación nos permite relacionar el fenómeno de la fijación con la represión primaria y poder pensarla construyéndose durante distintos momentos erógenos del desarrollo, no solo limitada a un primer momento mítico de origen. Entonces, podemos pensar la represión primaria constituyéndose durante los distintos momentos y organizaciones de la sexualidad infantil en experiencias con los diferentes objetos a través de las diferentes zonas erógenas, las que alternan su predominio y a cuyas satisfacciones particulares les coloca diques. En el pasaje de una zona y una fase a otras aparecen los diques, como rechazos al pezón, luego a las heces y olores que antes fueron objeto de juego placentero y también los placeres exhibicionista, *voyeuristas* y *sadomasoquistas*.

Represión orgánica

Un concepto freudiano en el que podemos también apoyarnos a los efectos de comprender mejor la idea de represión primaria es el de «represión orgánica». Se trata de una expresión y un concepto que Freud utiliza pocas veces y que, de alguna manera, podemos acercarnos al de represión originaria en cada zona erógena como hipótesis respecto al porqué de su producción.

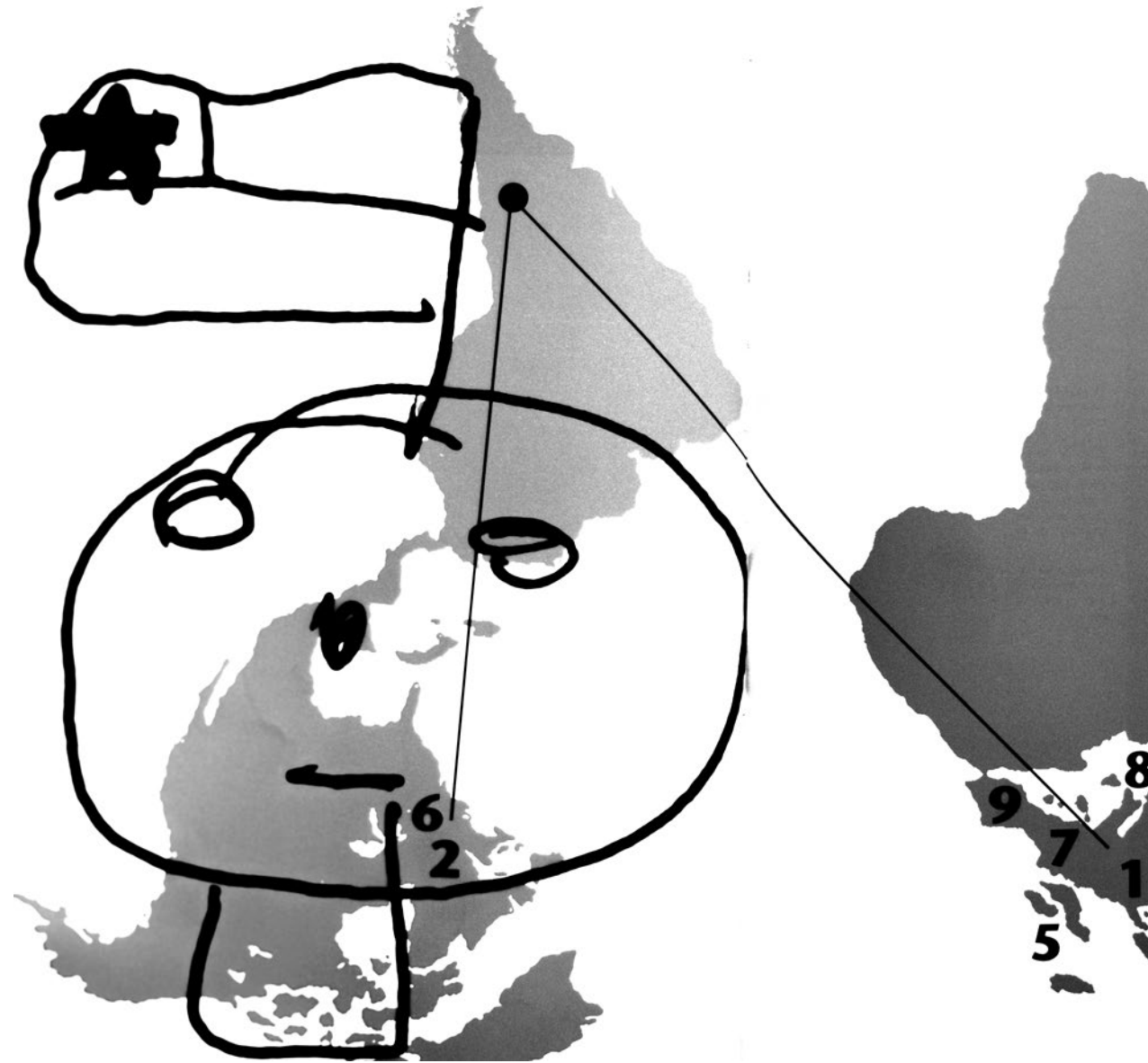
Freud hace referencia explícita a una *represión orgánica* en su Carta 75 dirigida a Wilhem Fliess el 14 de noviembre de 1897. En su misi-

va, aborda las causas de la represión y lo esencial que hay tras ella². También hace referencia a las zonas erógenas, que había nombrado por primera vez en la Carta 52 del 6 de diciembre de 1896, y habla del abandono de zonas sexuales, erógenas, a través de la evolución hasta el hombre, especialmente con la bipedestación y el rechazo de las sustancias excrementicias que hasta entonces se olfateaban y servían como marcaje de territorio sexual, creándose diques que luego se volverían a establecer en cada desarrollo de las fases libidinales en la infancia.

En *Tres ensayos de teoría sexual*, en su capítulo II, “Sexualidad infantil”, y dentro de este, en “El período de latencia sexual de la infancia y sus rupturas”, Freud escribe sobre las inhibiciones sexuales, inhibiciones en el camino de la pulsión sexual a la manera de unos diques: asco, sentimiento de vergüenza, reclamos de ideales en lo estético y en lo moral.

En el niño civilizado se tiene la impresión de que el establecimiento de esos diques es obra de la educación, y sin duda alguna ella contribuye en mucho. Pero en realidad este desarrollo es de condicionamiento orgánico, fijado hereditariamente, y llegado el caso puede producirse sin ninguna ayuda de la educación. Esta última se atiene por entero a la esfera de competencia que se le ha asignado cuando se limita a marchar tras lo prefijado orgánicamente, imprimiéndole un cuño mucho más ordenado y profundo. (Freud, 1905/1992e, p. 161)

2. En la carta Freud escribe a Fliess: “Que en la represión hay algo orgánico que lo he vislumbrado a menudo; que se trata del abandono de anteriores zonas sexuales. En mí esa conjetura se enlazó al alterado papel de las sensaciones olfativas: la marcha erecta, nariz levantada del suelo, con ello se vuelven repugnantes –por un proceso que yo todavía, desconozco– ciertas sensaciones propias de la tierra que antes interesaban. (El levanta la nariz = él se tiene por algo particularmente noble). Ahora bien, las zonas que en el ser humano normal y maduro ya no producen desprendimiento sexual tienen que ser la región del ano, así como la de la boca y la cavidad bucal. Esto se entiende en doble sentido; en primer lugar, que su vista y su representación ya no excitan, y, en segundo lugar, que las sensaciones internas que de ahí parten no brindan ninguna contribución a la libido, a diferencia de las originadas en los genuinos órganos sexuales. En los animales estas zonas sexuales siguen en vigencia en ambos sentidos; toda vez que esto prosigue en el ser humano, se genera perversión. Cabe suponer que en la infancia el desprendimiento sexual todavía no está tan localizado como después, de suerte que en ella aun aquellas zonas luego abandonadas (quizá junto con toda la superficie del cuerpo) incitan algo que es análogo al posterior desprendimiento sexual. El irse al-fundamento (Zugrundegehen) de estas zonas sexuales iniciales tendría un correspondiente en la atrofia de ciertos órganos internos en el curso del desarrollo. Sobreviene desprendimiento sexual (tú sabes que me refiero a una variedad de secreción, que uno registra de manera correcta como el estado interno de la libido) no sólo 1) por estímulo periférico sobre los órganos sexuales, 2) por las excitaciones internas de estos órganos, sino también 3) desde las representaciones, en consecuencia huellas mnémicas, en consecuencia también por el camino de la posterioridad (Nachträglichkeit). (Ya conoces esta ilación de pensamiento). Si un niño ha sido irritado en los genitales, años después, por posterioridad, desde el recuerdo de ello se genera un desprendimiento sexual mucho más intenso que en aquel momento, porque entretanto han crecido el aparato decisivo y el monto de secreción. Así, existe una posterioridad normal, no neurótica, y desde ella se genera la compulsión. (En el caso de nuestros otros recuerdos, de ordinario sólo son eficaces porque tuvieron eficacia como vivencias). Ahora bien, esa posterioridad se instala también para los recuerdos de las excitaciones de las zonas sexuales abandonadas. Pero su consecuencia no es un desprendimiento de libido, sino de un displacer, de una sensación interior que es análoga al asco en el caso del objeto. Dicho de manera burda, el recuerdo hiede actualmente como en el presente hiede el objeto; y así como en el asco extrañamos (damos vuelta), el órgano sensorial (cabeza y nariz), de igual modo lo preconciente y el sentido consciente se extrañan del recuerdo. Esta es la represión”. (1897/1992b, pp. 310-313). Es interesante observar cómo va pensando estos mecanismos en los comienzos para ver surgir los conceptos en el laboratorio de pensamientos incipientes.



De modo que aquí tanto el desarrollo como su inhibición parecen determinados por el condicionamiento orgánico que se acerca a lo que denomina *represión orgánica* en otros lugares. El tema en cuestión es entre lo adquirido y lo heredado, entre lo sociocultural y lo genético o filogenético, entre lo psíquico y lo orgánico, en su origen y mecanismo.

Mucho tiempo después, Freud (1929/1992l) retomará el tema de la *represión orgánica* en un par de notas al pie en *El malestar en la cultura*, libro de 1929 en el que trabajará el efecto del cruce entre las exigencias pulsionales y las reglas impuestas por la cultura. Las notas a pie de página que referiré en este texto muestran que sigue manteniendo una idea orgánica como lo hacía en las referencias que cité anteriormente de 1897 y 1905. En la nota al pie de la página 97 hace

referencia a la periodicidad orgánica del proceso sexual y cómo su incidencia en la excitación sexual psíquica se ha transformado hacia su contrario³.

Represión primaria, inhibición, fijación

La *inhibición* impide llegar a la realización de actos y a la angustia, tal como Freud (1926/1992k) la explica en *Inhibición, síntoma y angustia*. Se impone un obstáculo a una realización de goce en acto y se mantiene un funcionamiento a nivel de la representación. En este sentido se relaciona la *represión primaria* y la *inhibición*, como forma de inhibición estructural del aparato psíquico freudiano.

En su artículo *La represión*, de 1915, Freud vincula el desalojo de lo Prcc-Cc y la *fijación*: “tenemos razones para suponer una represión primordial, una primera fase de la represión que consiste en que a la agencia representante psíquica (agencia representante-representación) de la pulsión se le deniega la admisión en lo consciente. Así se establece una *fijación*; a partir de ese momento la agencia representante en cuestión persiste inmutable y la pulsión sigue ligada a ella” (Freud, 1915/1992g, p. 143).

En *Pulsiones y destinos de pulsión*, Freud (1915/1992i) se refiere a *fijación* cuando define el concepto de objeto de la pulsión. Allí parece dar otra idea, la pulsión puede establecer un lazo especialmente íntimo con el objeto, una *fijación*. De modo que, en lugar de definir la fijación como unión con el representante, lo hace como unión con el objeto: fijación al objeto. Lo mismo sucede en *Duelo y melancolía* (Freud, 1917/1992j) donde habla de la fijación en el objeto de amor. Sin embargo, en la misma época, en *Un caso de paranoia que contradi-*

3. “Esta alteración se conecta de la manera más estrecha con el relegamiento de los estímulos olfatorios mediante los cuales el proceso menstrual producía efectos sobre la psique del macho. Su papel fue asumido por excitaciones visuales que, al contrario de los estímulos olfatorios intermitentes, podían mantener un efecto continuo. El tabú de la menstruación proviene de esta ‘represión -suplantación- orgánica’, como defensa frente a una fase superada del desarrollo; todas las otras motivaciones son probablemente de naturaleza secundaria. Ahora bien, el relegamiento de los estímulos olfatorios parece ser, a su vez, consecuencia del extrañamiento del ser humano respecto de la tierra, de la adopción de una postura erecta en la marcha, que vuelve visibles y necesitados de protección los genitales hasta entonces encubiertos y así provoca la vergüenza. La subversión de los valores -excrementos, olor, sucio vs limpio- sería imposible si estas sustancias sustraídas del cuerpo no estuvieran condenadas, por sus fuertes olores, a compartir el destino reservado a los estímulos olfatorios tras el alzamiento del ser humano del suelo. Entonces, el erotismo anal fue el primero en sucumbir a la ‘represión orgánica’ que allanó el camino a la cultura” (Freud, 1929/1992l, pp. 97-98).

Más adelante en la página 103 del mismo texto Freud dirá que la vida sexual humana ha recibido un daño grave por la cultura, como si se encontrara en proceso involutivo, como los dientes y los pelos. Pero no sería algo causado solo por la cultura, sino “algo que está en la esencia de la función misma, lo que nos deniega la satisfacción plena y nos esfuerza por otros caminos”. En la nota al pie que acompaña este texto dice que con la postura vertical y la desvalorización del sentido del olfato “es toda la sexualidad y no sólo el erotismo anal, la que corre el riesgo de caer víctima de la represión orgánica” (Freud, 1929/1992l, pp. 103-104). Esta renuencia a la función sexual impediría la satisfacción plena y desvía hacia metas sublimatorias. “Así obtendríamos que la raíz más profunda de la represión sexual que progresa junto con la cultura, la defensa orgánica de la nueva forma de la vida adquirida con la marcha erecta contra la existencia animal anterior” (Freud, 1929/1992l, pp. 103-104).

ce la teoría psicoanalítica, Freud (1911/1992f) habla de fijación como enlaces tempranos difíciles de desatar de pulsiones con impresiones y con los objetos, lo cual parece incluir los objetos con rasgos, huellas o representaciones (impresiones) vinculados a ellos o a experiencias con ellos (en las páginas 271-272 y en la nota 6 de la página 272).

En la cita anterior de 1915 queda claro que la fijación referida por Freud en la represión primaria es la agencia representante que permanece inmutable. En ese acto de fijación hay algo de la tensión corporal de la experiencia con la madre -o quien estuviera en su lugar- que se limita y ancla -o fija- a una huella de esa experiencia. Podemos decir, de otra forma, que algo del goce de esa experiencia cuerpo a cuerpo se limita a un rasgo que la representa. Cuando la pulsión insiste en reencontrar ese goce solo se encuentra con la huella y se lanza ahí la moción de deseo. El encuentro con la cosa es sustituido por el encuentro con una huella o representante.

El gran Otro y el deseo del Otro

Con la introducción del “gran Otro” y el “deseo del Otro” por Jacques Lacan⁴ se da una apertura y desarticulación del modelo freudiano cerrado de aparato psíquico, se produce lo que podríamos valorar como uno de los aportes mayores al psicoanálisis posterior a Freud. Tomado el recaudo de que existen en la obra de Freud distintos antecedentes donde se menciona la participación de los otros, el Otro y el Otro deseante, podemos hablar del rescate decisivo que la introducción del gran Otro (Otro) en sus distintas formas hizo de la sexualidad de los padres, sus deseos, las reglas, la alteridad en la estructuración psíquica del hijo. El deseo del Otro ya pautado, marcado por lo simbólico, por la ley o las reglas de relaciones de intercambio, de lo prohibido y lo admitido, el lenguaje, la historia. En su doble vertiente de deseo del Otro y ley, esta función humaniza con deseo y alteridad, lo que inaugura diferentes formatos de intercambios a través de la estructuración psíquica del niño.

De la misma forma que Freud (1926/1992k) hace en *Inhibición, síntoma y angustia*, al ubicar la angustia como disparadora de la represión propiamente dicha y no como en la primera teoría de la angustia, a la represión como causante de ella, podemos decir que Lacan lo hace para la represión en general, incluyendo la primaria. Lacan vincula la angustia con el deseo del Otro y esto pasa cuando la relación con el deseo del Otro no está marcada por la castración y el fantasma. Cuando falta la falta, dice Lacan (1961-1962/s. f.) en el seminario *La identificación*, “la angustia es la sensación del deseo del

4. Freud se refirió a una externalidad o alteridad como *der Andere* (otra persona) y *das Andere* (otredad). Ver Delprestitto, Grataudoux y Schroeder, 2008. Lacan en sus primeros escritos se refiere al otro como lo hizo Freud, como a las “otras personas”, en un uso de lenguaje común. Es en 1955, en *El seminario de Jacques Lacan, libro 2: El yo en la teoría de Freud y en la técnica psicoanalítica*, que Lacan (1954-1955/1986), hace la diferenciación entre “el pequeño otro” (“otro” con minúscula) y “el gran Otro” (“Otro” con mayúscula). El pequeño otro no se constituye como alteridad, sino como reflejo, y es imaginario, mientras que el gran Otro constituye la alteridad radical en el lenguaje y la ley, en lo simbólico.

gran Otro”. Aquí vuelve a traer el ejemplo de la mantis religiosa que había citado en *Las formaciones del inconsciente*, libro 5 (Lacan, 1957-1958/1999), y en *La transferencia*, libro 8 (Lacan, 1960-1961/2003), pero ahora no lo hace para hablar de perversión animal⁵ sino para decir qué pasa cuando alguien encerrado se enfrenta a una mantis.

La mantis religiosa se caracteriza por tener una cabeza que gira 180° sobre su eje, tener unas largas extremidades anteriores que dobla como si estuviera rezando pero que, al mismo tiempo, es el arma que extiende para atrapar certeramente a otros insectos y devorarlos, comenzando por sus cabezas, como lo hace frecuentemente con su macho en la relación sexual. Es esta dimensión feroz y devoradora lo que Lacan resalta, al tiempo que es la unión con sus hijos lo importante pues es a quienes destinará la fuerza de los alimentos que incorpora con el cuerpo del macho.

Supongamos que llevamos una máscara de un animal. Seguro que si fuera del macho de la mantis tendríamos motivos para sentirnos en peligro y sentir angustia. No es la visión de mi imagen en sus ojos facetados lo que me angustia sino algo que sucede en mí cuando esa imagen falta. ¿Qué ve el gran Otro en mí sin que yo pueda saberlo? Si viera en los ojos de la mantis su imagen con la máscara del macho de la mantis, la angustia sería máxima. La angustia mantiene una relación directa con el deseo del Otro: ¿Qué me quiere el Otro? ¿Cómo me quiere? ¿Cómo me ve?, “lo que soy como objeto para el Otro” es la dimensión de lo que Lacan quiere transmitir con el uso de la expresión italiana *Che vuoi?* Más allá de lo que dice y pide: ¿Qué quiere el Otro? La angustia es sin objeto pero solo de mi lado, pues el deseo del Otro se vive allí muy cerca.

Jean Laplanche piensa que la represión originaria se daría en dos tiempos. Uno, en el que aún no estaría conformado el “yo” y donde las primeras inscripciones significantes (significantes enigmáticos) serían sobre el cuerpo (yo-cuerpo), en lugares que llegarán a ser zonas erógenas. Para Laplanche el motivo de la represión originaria está en la seducción originaria, es decir en que el adulto oferte o imponga al niño significantes con significaciones sexuales inconscientes que son enigmáticos, ejemplificándolo con una pregunta que se escucha muy cercana a lo que plantea Lacan respecto a lo que siente el niño frente al deseo del Otro. “¿Qué pretende de mí, más allá de amamantarme y, después de todo, por qué quiere amamantarme?”, escribe Laplanche (1989, pp. 128-136). Dentro de estos significantes enigmáticos Laplanche destaca especialmente los que derivan de la “escena originaria” -observación del coito parental- que le impone al niño imágenes traumatizantes por inasimilables. El segundo tiempo, se

5. En *El seminario de Jacques Lacan. La transferencia*, libro 8, Lacan dice: “por ejemplo, esas mociones instintuales devoradoras que encontramos en la naturaleza ligadas al ciclo sexual (las gatas comiéndose a sus pequeños), así como la gran figura fantasmática de la mantis religiosa, que asedia (hante) el anfiteatro analítico, está ahí presente como una imagen madre, como una matriz de la función atribuida a lo que tan osadamente, y quizás impropriamente, llaman la madre castradora”. Dirá más adelante: “nuestro canibalismo oral, nuestro erotismo primordial, es preciso que imaginemos aquí que este goce es correlativo a la decapitación del partenaire, que supuestamente ella conoce en cierto grado como tal” (Lacan, 1960-1961/2003, p. 243).

produce luego de la conformación del yo como representación del cuerpo, lo que implica una primera traducción con posterioridad (*après coup*) y un dominio de esos significantes enigmáticos implantados en el cuerpo (Laplanche, 1989, pp. 128-136).

Si bien con Lacan y Laplanche podemos relacionar la angustia con el deseo del Otro: ¿Qué quiere de mí?, avanzando en el tiempo Lacan parece remarcar que es frente al goce de la madre con el cuerpo del hijo, que habla también del goce en el bebé, que aparecería la angustia como señal de un “contacto real” (con “lo real”), que es lo que no engaña de la angustia. Es la amenaza con lo real del goce, con la muerte como amenaza de la mantis, que surge la angustia en una *hiancia* que permitirá el desear.

Deseo materno, entre goce y deseo

El goce de los cuerpos de la madre y del bebé es un partido que inevitablemente se juega para la vida siempre que haya una dicción especial, una interdicción, que prohíba la reincorporación oral del bebé por la madre; el padre, o más bien su función de interdicción, es la que veta su goce. Lacan (1969-1970/2002) dice sobre la madre:

Es estar dentro de la boca de un cocodrilo, eso es la madre. No se sabe qué mosca puede llegar a picarle de repente y va y cierra la boca. Eso es el deseo de la madre. Entonces, traté de explicar que había algo tranquilizador. Hay un palo, de piedra por supuesto, que está ahí, en potencia, en la boca, y eso la contiene, la traba. Es lo que se llama falo. Es el palo que te protege si, de repente, eso se cierra. (p. 118-119)

Es cierto que en este punto está la angustia y que, si este palo simbólico no queda de alguna forma bien puesto, se producen estragos. También es cierto que, sin la fuerza del deseo materno, no es posible la vida del hijo ni tampoco su posición deseante. Recordemos a Freud en *Tres ensayos de teoría sexual* (1905/1992e):

la madre dirige sobre al niño sentimientos que brotan de su vida sexual, lo acaricia, lo besa y lo mece, y claramente lo toma como sustituto de un objeto sexual de pleno derecho. Cuando enseña al niño a amar, no hace sino cumplir su cometido; es que debe convertirse en un hombre íntegro, dotado de una enérgica necesidad sexual⁶. (p. 203-204)

Es uno de esos momentos en que Freud da cuenta de la importancia del deseo del Otro, de la madre, para el hijo, su vida y su sexualidad. Teniendo en cuenta la cita anterior de Lacan, a la importancia de la intensidad de este deseo materno, se puede agregar su cualidad de deseo, su interdicción.

6. En este apartado también se puede leer que “El trato del niño con la persona que lo cuida es para él una fuente de excitación y de satisfacción sexuales a partir de las zonas erógenas, y tanto más por el hecho de que esa persona –por regla general, la madre– dirige sobre el niño sentimientos que brotan de su vida sexual, lo acaricia, lo besa y lo mece, y claramente lo toma como sustituto de un objeto sexual de pleno derecho”.

Lo anterior nos autoriza a decir que lo que angustia es el goce materno tomando la distinción que hace Lacan entre goce y deseo. Al cuerpo materno gozante, al cierre de la boca del cocodrilo para reincorporar al bebé o al cuerpo de la mantis que se come al macho, se opone esa piedra-palo simbólico, o sea la regulación que hace el significante y la ley en sus prohibiciones: no reincorporarás tu producto, no cometerás incesto, etc. El goce, en cambio, implica, según Braunstein (1990, p. 15), “el usufructo, el disfrute de la cosa, en tanto que es un objeto de apropiación”⁷. Para Lacan el significante es la causa del goce porque este es consecuencia de la intrusión del significante en el cuerpo, lo que permite experimentar que se está vivo. Dice Lacan (1972-1973/2008), “no se goza sino corporeizándolo de manera significativa” y, al mismo tiempo el significante limita el goce, como lo hace ese falo simbólico de piedra. Cuando el deseo de la madre no está interdicto por la función fálica, ya no se trataría de un goce fálico sino de un goce del cuerpo del Otro. Esta amenaza o angustia cuando el significante de la experiencia se encarna, lo fija, lo inhibe, y limita el goce a esa fijación. En ese punto podemos concebir la represión originaria como fijación del goce a mínima expresión en un trazo o significante de una experiencia. Mojonos que van balizando territorios, analogía de un cuerpo escrito erógenamente. Es una escritura sin preexistencia corporal pues ella misma construye el cuerpo.

La represión originaria como concepto –especialmente en Freud– es una necesidad lógica de la teoría del inconsciente pues lo funda, en cierto modo una *petitio principii* (petición de principio) que funciona como necesario punto de partida teórico. Por esa razón se hace difícil pensarla como un momento posterior a la constitución del sistema Prcc-Cc, desde el cual por desalojo (contrainvestidura pura) se produciría, ya que este sistema es consecuencia de una división radical en el aparato y no una preexistencia. En consecuencia, parece más razonable pensar la represión originaria como la producción de una inhibición estructural de la pulsión en un mundo de deseo del Otro, inhibición que instala un funcionamiento a nivel de la representación, fijando la tensión pulsional a un rasgo o huella y estableciendo una fisura fundante del aparato y sus tópicos. Es un concepto solidario a la concepción freudiana de pulsión, ya que esta se concibe psíquicamente en la medida en que está representada (representante psíquico o representante-representación) y esto es posible cuando la excitación (*Reitz*) se fija a una representación. Las experiencias del bebé con el Otro dejan huellas, trazas, y estos signos (signos perceptivos) o, más específicamente, significantes de diferentes materialidades, no necesariamente fónicos, cuando se inscriben establecen una diferencia: marcado-no marcado, placer-displacer, presencia-ausencia, o-a, etc. No parece

7. El goce en “derecho remite a la noción de usufructo, del disfrute de la cosa en tanto que es un objeto de apropiación. Aquí confluyen rápidamente la teoría del derecho y la del psicoanálisis (respecto al goce) pues se plantea desde un primer momento la cuestión fundamental de la primera propiedad de cada sujeto, el cuerpo y de las relaciones de este cuerpo con el cuerpo del otro tal como ellas están aseguradas por un cierto discurso o vínculo social” (Braunstein, 1990, p. 16).

tratarse de huellas sin fuerza propia, sin anclaje corporal erógeno, pues Freud fue muy claro en la importancia del factor económico, energético, de la fuerza pulsional, de la energía propia de la representación. En su modelo de aparato psíquico no hay nada que no tenga carga pues esta es la que fija las huellas y representaciones, les da, por así decir, un *peso específico*, un anclaje al sistema que es lo que las hace efectivas y afectivas.

Podríamos pensar lo anterior como lo hace Leclaire, como una inscripción de una tensión de diferencia, lo que puede acercar esta idea a cómo Jacques Derrida entendía las *archiescrituras*⁸ y la tensión de diferencia (*différance*). Es así concebible la incorporación erógena de cierto orden simbólico, articulación particular del psicoanálisis entre la huella y la fuerza, entre la palabra y la pulsión, más específicamente entre el significante material y la pulsión. El mismo Freud nos trajo un ejemplo de ello en el juego del carrito de su nieto Ernest en el que verbalizaba: *Fort da*, un o-a que establecía o daba cuenta de una diferencia (*différance* –de J. Derrida, 1968– como condición de lenguaje, escritura y sentido) como la de la presencia y ausencia del objeto pero en el lenguaje.

Inhibición estructural, angustia y deseo

La inhibición estructural con fijación parece instalarse a partir de la angustia, como lo conceptualizó Freud y Lacan en relación con la represión, y esta es posible de ser entendida desde un punto de vista económico como exceso intolerable, como actualización de algo genéticamente recibido o como desencadenamiento a partir del deseo del Otro en modo de goce. Sobre esta base de angustia surgiría el deseo, quizás como defensa en la esfera representacional frente al goce del Otro al mismo tiempo que como movimiento pulsional (moción pulsional) que busca reencontrar un objeto primario inexistente pero que ha dejado sus huellas (experiencia primaria de satisfacción).

La desidentificación del objeto de deseo de la madre (objeto falo materno) depende de la función paterna, de ley, lo que para Lacan constituye la *metáfora paterna*. Esta reprime el seguir siendo el objeto del deseo de la madre, el falo, represión estructurante y originaria que supone un enorme interés para el ser humano, pues lo transforma en sujeto deseante y no solo en objeto del deseo del otro (Dör, 1985).

Es difícil a esta altura del recorrido pensar la represión primaria (R. P.) como un momento único de los orígenes después de ver la complejidad que abarca el concepto. Freud también pensó la R. P. como fijación en cada etapa del desarrollo y aquello que llamó represión orgánica. Se constituye, por un lado, como un primer eslabón (huella inconsciente, archiescritura, representante-representación, significante) al que ha quedado fijada la fuerza pulsional (*Reitz*) como tensión de diferencia. La satisfacción consiste en una diferencia radical, brusca (insatisfacción-satisfacción) y se inscribe como tal, como pura diferencia (Leclaire,

8. Para Derrida, la escritura excede la grafía alfabética. Allí donde hay un cruce y contacto de cuerpos, una marca, una huella, hay escritura. El lenguaje mismo se funda en la posibilidad de la escritura.



1972/2000, p. 206). Algo inscripto puede repetirse y esto inscripto es el representante de la representación. Se trata de un punto de partida organizador, de un mojón material o marca erógena, que da cuenta de una intersección novedosa dentro del conocimiento humano: entre la excitación real y el representante de la representación. Una intersección entre una excitación real del cuerpo y un representante, huella, como dice Leclaire⁹ o signo que proviene de experiencias libidinales con otros en un contexto cultural y de lenguaje (O). Quedan implicados una huella inconsciente o grafo y un movimiento libidinal del (de los) cuerpo(s), en experiencia de goce corporal. Este goce corporal inscripto en un rasgo significativo encarnado es lo que permite saber que se está vivo, según Lacan¹⁰. Nada menor como efecto de la represión originaria, por el contrario, un efecto decisivo para la vida psíquica y que muchas veces aparece como carencia en presentaciones clínicas. Al mismo tiempo que goza y permite sentir que se está vivo, inscribe y limita el goce. Fija el goce al representante e inhibe la pulsión parcial en su descarga directa para establecer base en la representación. Será preciso tener presente esta idea cuando pensemos la posibilidad de la actualización de la represión originaria en análisis y las posibilidades de trabajarla en transferencia. Es allí donde estos instrumentos conceptuales se nos pueden mostrar eficaces

9. Leclaire (1972/2000) dice que “la inscripción mnémica mantiene con el acontecimiento vivido una relación muy selectiva, las huellas no son sino los reflejos fragmentarios de la experiencia: lo registrado constituye (pese a la ilusión que pueda dar el artefacto de alta fidelidad) una suerte de *abstract* formulado en unos pocos trazos escogidos; del mismo modo que en una caricatura solo se retienen unos pocos rasgos singulares del rostro que se quiere bosquejar” (p. 218).

10. “no sabemos qué es estar vivo a no ser por esto, que un cuerpo es algo que se goza. No se goza sino corporeizándolo de manera significativa” (Lacan, 1972-1973/2008, p. 32).

y, si así fuera, hacer trabajable lo que se presenta como personalidades “como si” (personalidad “as if” de Helene Deutsch) y otras conformaciones y presentaciones similares o familiares que desafían al clásico psicoanálisis de las neurosis.

Especificidad, nueva zona epistémica.

Esta zona de cruce descrita es un área específica del psicoanálisis, creada, investigada, estudiada y experimentada por la práctica psicoanalítica clínica y teórica. No se trata solo de representantes, huellas, significantes o signos, como pueden trabajar disciplinas humanísticas, ni tampoco solo de excitaciones somáticas biológicamente reguladas, de energías, fuerzas o afectos. Se trata de una zona nueva, diferente, con rasgos específicos, donde la excitación y los signos se arman como cuerpo erógeno a través de tópicos de organizaciones libidinales (oral, anal, fálica) y en un contexto de sistemas de intercambios sexuales, de deseo y reglas desde donde el sujeto surge como efecto de él. Estos rasgos marcan esta zona de especificidad del conocimiento psicoanalítico o zona epistémica. Es cierto que nunca es sencillo delimitar y definir con precisión una zona de conocimiento y prácticas nuevas, porque es también lo que caracteriza a un campo original de investigación y experiencia teórico-práctica disciplinar. Es por esta razón que el psicoanálisis tiende a ser absorbido tanto por el campo humanístico como por el biológico neurocientífico y que, frente a sus complejidades, la práctica asistencial tiende a reemplazarlo por técnicas adaptativas que no constituyen, a mi entender, un aporte tan específico y agudo de la complejidad humana entre la carne y el signo. Pero también es cierto que jugarnos a esta compleja especificidad psicoanalítica intranquiliza por sus incertidumbres.

Lo orgánico destacado por Freud parece hablar de cierta organización de los cuerpos, históricamente o más bien protohistóricamente determinadas, con consecuencias en la sexualidad, su organización, sus zonas preferentes y sus inhibiciones. Parece dar cuenta también, por otro lado, de un localizador corporal de las zonas (oral, anal, genital) pero que lleva la carga de probables modificaciones protohistóricas como la bipedestación y lo que pudo implicar de abandono del marcaje por sustancias (anal), los diques, la liberación de las manos y su utilización para marcar (motricidad fina) el mundo (posterior surgimiento de la escritura). Las zonas referidas por Freud como especialmente erógenas, pues toda la superficie del cuerpo lo es, son además y especialmente zonas de bordes e intercambios de objetos con los otros.

En los conceptos freudianos si bien no se trasmite una adhesión total a hipótesis constitucionales y a un esencialismo teórico, sí es cierto que muchas de sus ideas están pautadas por un determinismo biológico que sitúa topológica y temporalmente eventos y procesos. Las fases del desarrollo libidinal (oral, anal, fálica) están dentro de estas pautas de desarrollo. Sin embargo, no se atienen a él y especialmente Freud destaca una temporalidad *a posteriori* de significación y eficacia, aunque también establece una temporalidad cronológica en la que dichas fases se constituyen. Lo pautado por la biología tiene que ver con las necesidades que se satisfacen en esas regiones y su

desarrollo, mientras que la sexualidad pulsional y su fijación en representantes depende de otros factores que se juegan en las experiencias libidinales y de intercambios simbólicos con otros. Cuando esta dimensión pulsional representativa entra en consideración se constituye la zona de trabajo específica del psicoanálisis y de la sexualidad o erótica de la que el psicoanálisis habla; solo que con Freud no queda suficientemente destacado (aunque sí lo menciona) el contexto sociocultural con los códigos e imaginarios que porta y el deseo y goce de los otros en la experiencia con el niño.

Michel Foucault (1998) puso sobre la mesa de trabajo que los conocimientos tomados por verdades sobre la naturaleza humana y social no corresponden a una esencia inmutable a través de los tiempos y culturas, sino que, por el contrario, cambian a través de la historia. En la medida en que los conocimientos funcionan para ordenar y controlar a las personas y las sociedades, son parte de un sistema de normalización a través de dispositivos de poder. Estos dispositivos actúan sobre los cuerpos, sobre lo que apetece y lo que no, sobre la sexualidad, sobre lo bello y lo feo, lo sano y lo enfermo, organizan los cuerpos, los disciplinan, entre otras cosas. El ejercicio del poder toma como objeto a los cuerpos, a los efectos de disciplinarlos, homogeneizarlos, normatizarlos¹¹.

Lo que ocurre en las fases del desarrollo libidinal y en las zonas erógenas tiene que ver con las necesidades y con un disciplinamiento de ellas: disciplinamientos alimentarios, control de esfínteres, reglas de intercambios sexuales genitales. Pero lo que Freud agrega como área específica del psicoanálisis es la constitución (si se le puede llamar así) de una *erótica*, que tiene que ver con el concepto de sexualidad infantil por él desarrollado y también con lo que en esas zonas la experiencia con los otros registra como goces de pulsiones parciales que, en su exceso, propio o del Otro, determinan fijaciones, represiones primordiales, de la excitación a los representantes. Esos puntos de fijación-represión inhiben la satisfacción pulsional, establecen un reprimido originario y son la causa de sucesivos trabajos metafóricos con diversos significantes o cadenas discursivas también de diferentes tipos. Marcan el cuerpo con significantes o hacen cuerpo en ese mapeo erógeno que es a la vez un tipo de escritura.

La idea de cuerpo en psicoanálisis

Hasta aquí he desarrollado en rastreos y propuestas cómo construir una o varias ideas, a la vez conceptuales y operativas, de la represión primaria (R. P.)¹². Si pensamos cada experiencia con el otro y las inscripciones que estas experiencias inconscientes dejan en los distintos

11. "Ha habido, en el curso de la edad clásica, todo un descubrimiento del cuerpo como objeto y blanco de poder. Podrían encontrarse fácilmente signos de esta gran atención dedicada entonces al cuerpo, al cuerpo que se manipula, al que se da forma, que se educa, que obedece, que responde, que se vuelve hábil o cuyas fuerzas se multiplican" (Foucault, 1998, p. 140). Las relaciones de poder operan sobre el cuerpo como una presa inmediata: "lo cercan, lo marcan, lo doman, lo someten a suplicio, lo fuerzan a unos trabajos, lo obligan a unas ceremonias, exigen de él unos signos" (Foucault, 1998, p. 140).

12. Menciono indistintamente represión primaria, represión originaria y represión primordial.

momentos de la infancia podemos concebir un trabajo pulsional de inscripciones o escrituras en el cuerpo, con fijación de pulsiones parciales a representantes o huellas que van marcando, grabando y, con ello, construyendo cuerpo erógeno. La idea de cuerpo en psicoanálisis se corresponde con esta construcción erógena consecuencia de estas escrituras encarnadas. Las excitaciones pulsionales siempre exceden a sus fijaciones en marcas y al ingreso al mundo de los signos, razón del más allá del principio del placer, de la pulsión de muerte, del goce. No es la insuficiencia de las marcas respecto al *Reitz* pulsional lo que habla de un fracaso de la represión originaria (R. O.), aún parcial, sino la imposibilidad de construir una escritura erógena que haga simbolizable las experiencias. Lo real pulsional siempre es traumático porque siempre excede su tramitación simbólica, y no por ello estamos autorizados a hablar de fallas en la R. O.; no hay adecuación. La R. P. indica tanto el ingreso encarnado al mundo simbólico como el exceso inevitable de lo real pulsional sobre el significante.

Insistiré en el uso de ciertas imágenes que acompañan la ruta de mis ideas. Los jalones clavados en la tierra delimitan un terreno, territorios corporales erógenos que son cuerpo escrito al jalonarlo. Esa escritura de marcas efectivas-afectivas, pues dan cuenta de afectaciones a partir de experiencias, realizadas en la materialidad corporal, permite levantar un plano del terreno. En el psiquismo este procedimiento correspondería a la fijación del significante en el cuerpo por investiduras provenientes del *Reitz* pulsional y del Otro. Luego pasamos a otra escritura, justamente en otro plano, otras marcas (grafo) y a otra superficie (papel o "yo") donde se puede construir un mapa del territorio marcado. Pero este plano solo es efectivo si es levantado a partir de un jalonamiento realizado por fijación del *Reitz*. No hay identidad entre este ejemplo de un levantamiento de planos y el pasaje -transformación de las representaciones-, cosa en representación -objeto (representación, cosa más representación, palabra). Pero, a decir verdad, tampoco podemos decir que hay identidad entre las palabras tal como se comprenden en lingüística y en el psiquismo. Nos manejamos con aproximaciones, cambio de andamios y tanteos analógicos aproximativos, que nos permitan pensar y operar en la práctica. Lo que intento proponer es que la proyección de la superficie corporal que se levanta en otro plano no es solo imagen, sino imagen organizada por escrituras erógenas que han dejado las experiencias inconscientes con los otros significativos a través de las etapas del desarrollo libidinal. Es a estas escrituras, que son la matriz del cuerpo erógeno, a lo que he llamado coreografías inconscientes y al acto de la inscripción: represión originaria. Cuando la proyección de la superficie corporal es solo imagen porque carece de escrituras erógenas simbólicas dejadas por experiencias con otros, entonces el sujeto se desvanece en un juego de espejismos del que no puede rescatarse, de identificaciones proyectivas sin fin. Esto puede constituirse como un funcionamiento predominante o como aspectos parciales y transitorios de un funcionamiento psíquico que se caracteriza por su ineficacia simbólica.

Actualización, transformaciones

Los mojones conceptuales recorridos en torno a la idea de R. O., tanto la ponderación del deseo del Otro y la angustia correspondiente como causa, como el destaque de la idea de fijación de la pulsión parcial en cada momento del desarrollo libidinal (oral, anal, fálico) y la concepción de un cuerpo erógeno construido con esas fijaciones como escrituras erógenas inconscientes en la matriz de inscripciones que dan pie o encarnadura a todos los relatos metafóricamente posibles, nos permiten considerar la R. O. como un objetivo posible del análisis. Freud (1937/1992m) en *Análisis terminable e interminable* afirmó que “La rectificación con posterioridad del proceso represivo originario, lo cual pone término al hiperpoder del factor cuantitativo, sería entonces la operación genuina de la terapia analítica” (p. 230). Se hace difícil seguirlo exactamente en el significado de la palabra “rectificación” porque puede suponer un volver a un buen cauce, corregir en el sentido de retornarle una forma derecha a algo que se torció, por ejemplo. Pero sí podríamos seguirlo si lo entendemos como inscripción, reformulación, transformación, modificación, de inscripciones que han tenido lugar o que no se han realizado. Sin embargo, el recorrido expuesto no nos permite pensar esa tarea *per via di levare*¹³ puesto que el lienzo requiere un trazo que dé cuenta de algo que está en acto, requiere de una marca producto de la experiencia en transferencia. Ciertamente no una sugestión, de lo que Freud quiso desmarcarse con esta distinción referida a Leonardo Da Vinci, pero sí una inscripción, una marca que fije la fuerza de la experiencia transferencial a un representante. La idea de transferencia que surge en esta afirmación tampoco remite a la reproducción de una experiencia inconsciente anterior, sino a un campo donde la pulsión entra en juego en busca de inscripción. No se trata de sustituir las nociones freudianas, que tanto nos ayudan para el trabajo con síntomas y retornos de lo reprimido, pero sí de ampliar la idea para permitir la comprensión del trabajo de fijación necesario cuando el paciente rebota entre imágenes que no tienen anclaje. La experiencia analítica puede permitir anclar, fijar mociones pulsionales a rasgos-representaciones que surgen de esa experiencia, a veces asignadas otras resignificadas pero en

13. Leonardo Da Vinci dijo “Per via di porre, per via di levare” para diferenciar la pintura de la escultura. Sigmund Freud, en una conferencia pronunciada en el Colegio de Médicos de Viena en 1904, dijo: “Entre la técnica sugestiva y la analítica existe una máxima oposición, aquella misma oposición que respecto a las artes encerró Leonardo da Vinci en las fórmulas per via di porre y per via di levare. La pintura, dice Leonardo, trabaja ‘per via di porre’; en efecto, sobre la tela en blanco deposita acumulaciones de colores donde antes no estaban; en cambio, la escultura procede ‘per via di levare’, pues quita de la piedra todo lo que recubre las formas de la estatua contenida en ella. De manera en un todo semejante, la técnica sugestiva busca operar ‘per via di porre’; no hace caso del origen, de la fuerza y la significación de los síntomas patológicos, sino que deposita algo, la sugestión, que, según se espera, será suficientemente poderosa para impedir la exteriorización de la idea patógena. La terapia analítica, en cambio, no quiere agregar ni introducir nada nuevo, sino restar, retirar, y con ese fin se preocupa por la génesis de los síntomas patológicos y la trama psíquica de la idea patógena, cuya eliminación se propone como meta” (Freud, 1905/1992d, p. 250).

cualquier caso dejando su surco, haciendo sentir vida y lanzando al sujeto deseante¹⁴.

Resumen

El autor recorre ideas sobre represión primaria en los textos de S. Freud en una relectura actual, que considera los aportes posteriores sobre el Otro y el deseo del Otro. A estas vertientes agrega una lectura personal de la R. P. como escritura erógena del cuerpo o coreografía inconsciente, vinculándola al dolor, la inhibición y la fijación y extendiéndola a todo el desarrollo sexual infantil. Retoma la idea freudiana de que la R. P. es un objetivo de trabajo en análisis a través de la rectificación con posterioridad, lo cual puede ser un aporte sustantivo para presentaciones clínicas que suelen exceder el trabajo con la represión propiamente dicha o secundaria.

Descriptor: *Represión originaria o primaria, Cuerpo erógeno.*
Candidatos a descriptor: *Inhibición, Fijación, Angustia, Otro.*

Abstract

The author goes through ideas about primal repression in the texts of S. Freud in a current rereading, which considers the later contributions on the Other and the wish of the Other. To these aspects, he adds a personal reading of P. R. as an erogenous writing of the body or unconscious choreography, linking it to pain, inhibition and fixation and extending it to all infantile sexual development. He takes up the Freudian idea that P. R. is an objective of work in psychoanalysis through subsequent rectification, which can be a substantive contribution to clinical presentations that usually exceed the work with secondary repression.

Keywords: *Primal repression, Erogenous body. Candidate to keywords: Inhibition, Fixation, Anguish, Other.*

Referencias

- Braunstein, N. (1990). *Goce*. México: Siglo XXI.
- Delpréstitto, N., Grataudoux, E. y Schroeder, D (2008). El lugar del otro en la teoría y la práctica psicoanalítica. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 106. 120-148.
- Derrida, J. (1989). Fuerza y significación. En J. Derrida, *La escritura y la diferencia*. Barcelona: Anthropos.
- Derrida, J. (1968). *La diferencia*. Conferencia pronunciada en la Sociedad Francesa de Filosofía, el 27 de enero de 1968. Disponible en: <http://www.henciclopedia.org.uy/autores/Derrida%20Jacques/La%20diferencia.html>
- Deutsch, H. (1965). Some forms of emotional disturbances and their relationship to schizophrenia. (pp. 262-281). En H. Deutsch, *Neuroses and Character Types*. Nueva York: International Universities Press. (Trabajo originalmente publicado en 1934).
- Dor, J. (1994). *Introducción a la lectura de Lacan 2. La estructura del sujeto*. Barcelona: Gedisa.
- Foucault, M. (1998). *Vigilar y castigar: Nacimiento de la prisión*. México: Siglo XXI.

14. En los textos: Sujeto a relato de oficio (García Castiñeiras, 2006) y Encrucijadas de los modos discursivos, las ocurrencias inconscientes y el transitivismo simbólico (García Castiñeiras, 2007), se pueden encontrar relatos de experiencias analíticas que hablan de estas actualizaciones y transformaciones transferenciales de la R. P.

Freud, S. (1992a). Proyecto de psicología para neurólogos. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 3). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1895).

Freud, S. (1992b). Carta 75 a W. Fliess. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 1). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1897).

Freud, S. (1992c). La interpretación de los sueños. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 5). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1900).

Freud, S. (1992d). Sobre psicoterapia. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 7). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original en 1905 [1904]).

Freud, S. (1992e). Tres ensayos de teoría sexual. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 7). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1905).

Freud, S. (1992f). Puntualizaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia descrito autobiográficamente. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 12). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1911).

Freud, S. (1992g). La represión. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 14). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1915).

Freud, S. (1992h). Lo inconsciente. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 14). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1915).

Freud, S. (1992i). Pulsiones y destinos de pulsión. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 18). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1915).

Freud, S. (1992j). Duelo y melancolía. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 14). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1917).

Freud, S. (1992k). Inhibición, síntoma y angustia. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 20). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1926).

Freud, S. (1992l). El malestar en la cultura. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 21). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1929-1930).

Freud, S. (1992 m). Análisis terminable e interminable. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 23). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1937).

García Castiñeiras, J. (2006). *Sujeto a relato de oficio*. Disponible en: http://www.academia.edu/33643301/SUJETO_a_RELATO_de_OFICIO

García Castiñeiras, J. (2007). *Encrucijadas de los modos discursivos, las ocurrencias inconscientes y el transitivismo simbólico*. Disponible en: http://www.controversiasonline.org.ar/images/stories/Controversias/Ano1_N1/Espanol/2_garcia%20otro.pdf

Lacan, J. (1986). *El seminario de Jacques Lacan, libro 2: El yo en la teoría de Freud y en la técnica psicoanalítica*. Buenos Aires: Paidós. (Trabajo original publicado en 1954-1955).

Lacan, J. (1999). *El seminario de Jacques Lacan, libro 5: Las formaciones del inconsciente*. Buenos Aires: Paidós. (Trabajo original publicado en 1957-1958).

Lacan, J. (2003). *El seminario de Jacques Lacan, libro 8: La transferencia*. Buenos Aires: Paidós. (Trabajo original publicado en 1960-1961).

Lacan, J. (s. f.). *El seminario de Jacques Lacan, libro 9: La identificación*. Disponible en: <https://www.lacanterafreudiana.com.ar/lacanterafreudianaqueslacanseminario9.html> (Trabajo original publicado en 1961-1962).

Lacan, J. (2006). *El seminario de Jacques Lacan, libro 10: La angustia*. Barcelona: Paidós. (Trabajo original publicado en 1962-1963).

Lacan, J. (2002). *El seminario de Jacques Lacan, libro 17: El reverso del psicoanálisis*. Barcelona: Paidós. (Trabajo original publicado en 1969-1970).

Lacan, J. (2008). *El seminario de Jacques Lacan, libro 20: Aún*. Barcelona: Paidós. (Trabajo original publicado en 1972-1973).

Laplanche, J. (1989). *Nuevos fundamentos para el psicoanálisis: La seducción originaria*. Buenos Aires: Amorrortu.

Leclaire, S. (2000). Fuerza pulsional y objeto de la pulsión. En S. Leclaire, *Escritos para el psicoanálisis* (vol. 1 y 2). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1972).

